

57

BOCA, Domingo 1.º de Septiembre de 1895

TEMPORADA TEATRAL 1895- 1896.

Temporada de 1895 - 96. (58)

LA EPOCA. Domingo 1.º de Septiembre de 1895

## TEATRO ESLAVA

### Inauguración de la temporada.

Forman la nueva compañía, tal y como se presentó anoche ante el público, varios artistas que ya alcanzaron éxito satisfactorio en aquel mismo teatro durante la temporada anterior, y otros completamente nuevos allí, ó que llevaban ya algún tiempo sin pisar aquellas tablas.

Figuran entre los primeros la Srta. Brú, que por su gallarda figura, y su gracia natural como mujer y como actriz, cuenta con generales simpatías entre los habituales concurrentes á Eslava; la Sra. Sabater, que es hoy, sin duda, la mejor de las características que actúan en los teatros por horas; el Sr. García Valero, actor sumamente discreto y estudioso, y el aplaudido tenor cómico, Sr. Carrión.

Y merecen entre los segundos particular recuerdo la tiple señorita Elena Rodríguez, que aunque no tenga todavía gran cartel, según suele decirse, ya produjo anoche excelente impresión por su preciosa figura y su voz extensa y bien timbrada; otra tiple joven también y muy simpática, la señorita Navarro; el primer bajo y director D. Miguel Soler, tan notable por todas conceptos, y el distinguido barítono Sr. Ripoll.

Como es antigua costumbre, formaban el programa de la función inaugural dos obras de repertorio, escogidas entre las más notables: *La zarina* y *La madre del cordero*, y otras dos de las que se estrenaron durante la anterior temporada: *El tambor de granaderos*, que fué el «gran éxito» de la misma, y *El señor barón*, cuyo estreno estaba aún bastante reciente cuando empezaron las vacaciones de verano.

En *La madre del cordero* se distinguieron la señorita Rodríguez y la Sra. Galán y los Sres. Ripoll y García Valero.

La Sra. Galán, artista tan apreciada por el público de Madrid desde que estrenó el papel de posadera en *El rey que robó*, es una característica excelente. Dice muy bien y tiene gracia.

*La zarina* proporcionó aplausos á la Srta. Brú y al Sr. Soler, que interpretó la parte de Lestok con verdadera *vis* cómica.

La Srta. Rodríguez alcanzó después una ovación merecida por el arte y el buen gusto con que cantó el hermoso vals de *El señor barón*, y lo repitió con igual éxito.

La acompañaron en esta obra la Sra. Sabater, que hace una alcaldesa deliciosa; la Srta. Astort, y los señores Soler, Ripoll, García Valero, Carrión é Iglesias.

A pesar del fuerte calor que se dejó sentir ayer durante todo el día, y que se sintió por la noche también, la concurrencia fué en las tres primeras secciones bastante más numerosa de lo que se podía esperar por dicha razón. Para la sección última apenas quedó una sola localidad vacía. Se representaba *El tambor*, y hay que reconocer que *El tambor* aún tiene vida para seguir redoblando mucho tiempo.

La Srta. Brú, la Sra. Sabater y el Sr. Carrión, desempeñaron los mismos papeles que en el estreno de la obra.

La primera estuvo, como siempre, muy graciosa, representando el de Gaspar y repitió el *rataplán* entre muy nutridos aplausos.

La Srta. Navarro cantó bien la parte de Luz; García Valero hizo reír mucho al público, interpretando el tipo del Legó; Soler caracterizó, y dijo muy bien, el del Coronel, y Ripoll cumplió con acierto en el del Consejero, que realza con detalles felices.

La temporada de 1895 á 96 va á ser en Madrid *muy dura*, porque á las circunstancias actuales, que no son las más propicias para el negocio teatral, se ha de unir la empeñada competencia que se va á entablar entre varios coliseos.

Eslava, sin embargo, no llevará, de seguro, la peor parte en esta lucha que se aproxima.

Los elementos de que ya hemos hablado aún lucirán más, conforme avance la temporada, contando como cuentan con una dirección inteligentísima y á medida que vayan aunándose hasta llegar á ese con-

junto completo que nunca se obtienen en una primera representación.

Para cierta clase de obras se cuenta además con otra tiple, de la que tenemos muy buenas noticias, la Srta. Miralles.

Es de esperar que la Empresa, atenderá, como siempre, á las indicaciones de la Prensa, contratando á un primer actor cómico. Y por último, entre las obras nuevas de que aquella dispone, hay varias que ya están realmente en cartera, y que por la bien ganada reputación de sus autores, hacen confiar en otros tantos éxitos.

## Veladas teatrales

*Apolo. — Inauguración de la temporada.*

No se quejará la Empresa. El teatro estuvo concurridísimo, sobre todo, á segunda y á tercera hora. Y no sólo era muy numeroso el público, sino también bastante selecto, como diría *Mascarilla*.

Allí estaba ese *todo Madrid* de entre tiempo, simpático, bonachón y alegre, que no ha salido á veranear ó que ya ha regresado, y para el cual la apertura de Apolo, siguiendo á la de Eslava, contribuye á la ilusión de que ha dado principio la temporada de *invierno*... con máximas de 35 grados.

El local está como nuevo: limpios los estucos, frescas las pinturas y los dorados relucientes. Las lámparas del alumbrado eléctrico han sido aumentadas ó están mejor repartidas. La claridad era anoche en la sala verdaderamente radiante.

De la proyectada exposición en el vestíbulo, aún no hay más que los escaparates. En cambio, los tres arcos de la fachada ya aparecen guarnecidos con focos incandescentes, y delante del que ocupa el centro se ha colocado otro con luces de gas que dibujan los contornos de una lira y el nombre del hermoso coliseo, en grandes letras.

De telón afuera, por lo tanto, la impresión general para el público era, desde el primer instante, muy grata.

En la compañía, si exceptuamos á las Srtas. Molina y Matrás, dos tiples aceptables, y á algún otro artista de menor cuantía, no hay novedad alguna, porque no pueden serlo en aquel teatro ni la Sra. Campos, ni Emilio Mesejo que debutará dentro de pocos días, ni el Sr. Carreras.

Aquel público los conoce ya sobradamente, con sus buenas cualidades y sus defectos, como ellos, de igual modo que el resto de la compañía, conocen á su público perfectamente, y se saben de memoria también sus tolerancias y sus complacencias. ¡Cómo, si no, se habían de permitir algunos de aquellos actores cierta clase de exageraciones y desplantes? Pero, es claro: la gente se ríe, y hay que satisfacer al verdadero conde.

De todas maneras, el cuadro de actrices y de actores que la Empresa ha formado, y en el que figuran, juntamente con los que acabo de citar, la Srta. Pino, la Sra. Vidal, la Srta. Salvador y los Sres. Mesejo (D. José), Rodríguez (D. Manuel), Soler, Angeles y Ontiveros, entre otros, es muy bueno, sin duda, y sobre todo *resulta* muy á gusto de *los señores*, que es lo que nos proponíamos... es decir, lo que se proponía demostrar la Empresa.

A primera hora se puso en escena *La sobrina del sacristán*, obra estrenada á fines de la temporada anterior. Pasó «como una seda» y se repitió la marcha militar.

Para las secciones del centro, la dirección artística había escogido dos zarzuelas del maestro Chapí de las que tienen música más linda y popular y mejores libros: *La leyenda del monje* y *Las doce y media y sereno*. Ambas han sido representadas muchas veces; pero siempre se vuelven á oír con gusto y siempre alcanzan merecidos aplausos.

Con la primera se presentó la Sra. Campos, que fué saludada al salir con muestras de simpatía. La señorita Pino cantó muy bien el número de la leyenda. D. José Mesejo interpretó su papel como Dios manda, sin efectos de brocha gorda. Rodríguez estuvo muy acertado en el de *Valentín*, y tanto él como la señora Campos representaron y dijeron con mucha gracia, el célebre dúo del frío, que fué repetido á petición unánime del público.

58  
59

*Las doce y media y sereno* es la obra de Carreras. Aquel tipo del bailarín encuentra en el aplaudido actor un intérprete afortunadísimo, á juzgar por el éxito que su trabajo consigue. La caída, sobre todo—la famosa caída por la escalera,—le vale siempre una ovación. Y sin embargo, ¿son de buena ley todos los recursos de que el Sr. Carreras se vale para hacer reír á los espectadores? Seguramente no.

Las señoritas Molina y Salvador y los Sres. Rodríguez y Ontiveros desempeñaron sus papeles muy bien. El Sr. Soler es aún poco artista para el de *Serafin*. Baste decir que no se repitió, acaso por primera vez, el chispeante *rin-qui-trán*.

La función terminó con la *reprise* de *El cabo primero*, que proporcionó nuevos aplausos á la señorita Pino y á los Sres. Mesejo y Rodríguez. El Sr. Ontiveros hace un quinto delicioso.

Y ahora ¡vengan estrenos! La empresa cuenta con obras originales de autores muy reputados y de maestros distinguidísimos, que deben ser otros tantos éxitos.

Así sea.

C. F. S.

LA EPOCA. Martes 10 de Septiembre de 1895

### Diversiones públicas.

Con éxito muy satisfactorio se verificó anoche en Eslava la *reprise* de *La flor de lis*, para *debut* de la primera tiple Srta. Ascensión Miralles.

El teatro estuvo completamente lleno y el público era muy escogido.

La preciosa zarzuela de Estremera y Chapi obtuvo una interpretación notable.

La Srta. Miralles posee una voz fresca y de agradabilísimo timbre, canta muy bien y, sobre todo, frasea con arte exquisito.

Para la parte hablada aún tiene que aprender, pero aun por este concepto no parecía ayer la *debutante*, que aparece por primera vez ante el público en las tablas del escenario.

Desde el primer momento supo captarse las simpatías de la concurrencia. Tuvo que repetir la romanza, después de haber alcanzado una verdadera ovación, y tanto en el hermoso dúo de tiples como en el final de la obra volvió á oír nuevos y prolongados aplausos.

Con ella los compartió en el dúo la Srta. Elena Rodríguez, que también cantó perfectamente su aria de salida. Soler interpretó su papel como un maestro, diciendo y cantando. Carrión estuvo muy acertado también, y repitió los *couplets* de las botellas.

Al terminar la representación, el maestro Chapi y los intérpretes de su obra fueron llamados á escena cuatro ó cinco veces.

La Srta. Miralles es, sin duda, una excelente adquisición para aquel teatro.

LA EPOCA. Viernes 13 de Septiembre de 1895

### Diversiones públicas.

La zarzuela en un acto, titulada *Rey y Roque*, que se estrenó anoche en el Príncipe Alfonso, no fué del agrado del público.

¡Qué obrita! ¡Qué libro! ¡Qué música! ¡Y qué ejecución!

## ENRIQUE IRVING

### EL GRAN ACTOR INGLES

El nombre de Irving no es completamente desconocido en España. Las personas que siguen atentamente los progresos del arte escénico en Europa, saben que Irving es una de las personalidades más salientes del mundo contemporáneo, por el admirable esfuerzo, la seriedad, la inspiración y la inteligencia con que persigue el éxito de su árdua misión; por sus rarisimas aptitudes como director de escena, puesto en el que ha conseguido excepcionales triunfos, que nadie consiguió hasta ahora; por su devoción especialísima hacia Shakespeare, cuyas obras mejores ha representado de una manera portentosa, dándoles vida nueva, y por sus teorías sobre el teatro, finalmente,

Para el público español, en general, su nombre ha sonado recientemente, unido al del Sr. Pérez Galdós.

El autor de *Realidad*, se ha dicho, destina á la compañía Tubau-Mario una traducción de *Hamlet*, según el texto refundido por Irving.

Con esta advertencia se ha querido indicar, sin duda, y se ha indicado bien, que la refundición del célebre drama escogida por el Sr. Galdós era la mejor posible. Irving, realmente, ha dicho, hasta ahora por lo menos, la última palabra sobre la materia.

No vamos á hablar hoy de las dificultades de interpretación que ha de encontrar en Madrid este *Hamlet*, que va á importarnos el ilustre novelista, ni de las diferencias que han de existir forzosamente entre las representaciones que se anuncian para nuestro uso particular y las del auténtico *Hamlet* de Irving, desahogado con arte sumo y prodigiosa riqueza de felices detalles, después de prolijo y muy largo estudio, y realzado por una *mise en scène* de la que se cuentan prodigios.

Baste consignar que la primera serie de estas funciones duró, en el *Lyceum* de Londres, 200 noches consecutivas.

Por hoy nos limitaremos á dar una idea exacta de la personalidad de Irving valiéndonos de un notable artículo que acaba de publicar en la *Revue des Deux Mondes* el conocido crítico M. Auguste Filon.

Corría el año de 1853 cuando se presentó en una Escuela de declamación que dirigía en Londres un tal Henry Thomas cierto joven de catorce años y de muy simpático aspecto. Había pasado su infancia en Somerset, entre marinos y mineros, y á los once años se había trasladado á Londres, donde, frecuentando el teatro de Phelps, su antecesor en el culto á Shakespeare, sintió nacer y desarrollarse rápidamente una vocación decidida por el Teatro.

Debutó en el *Lyceum*, á mediados de 1856, representando el papel de duque de Orleans en el *Richelieu*, de lord Lytton. Actuó después, año tras año, en Edimburgo, Glasgow, Manchester y Liverpool sin dejar de ser aún una figura de segundo ó tercer orden. Se dió á conocer al público de París con la Compañía Sothorn durante la Exposición Universal de 1867 y poco después empezó la época de su verdadera revelación con las obras *Two roses*, de James Albéry; *The bells*, arreglo de *Le juif polonais*, de Erckmann Chatrian, y el *Carlos 1.º*, de Wills.

160

Por último, el 31 de Octubre de 1874, Irving apareció ante el público de Londres en el papel de *Hamlet*. Aquella fué su batalla de Marengo. Hasta el tercer acto la victoria estuvo indecisa, pero desde la escena de los cómicos la actitud del auditorio cambió por completo. El público se encontró con un *Hamlet* que nunca había visto, y con el que nunca había soñado; como si todos los anteriores hubiéranse reunido en uno solo, armónicamente fundidos por un temperamento poderoso y original.

Desde entonces, Irving fué añadiendo á su repertorio todos los grandes papeles de los dramas de Shakespeare, á la manera del conquistador que va anexionando provincias. Discutido en algunos, su victoria, sin embargo, era grande en todos. Le secundaba una actriz muy notable, miss Ellen Terry, y en torno á ellos iba formándose una generación nueva de artistas que pasaron después á triunfar en otros coliseos.

Irving no ha sido solamente el intérprete de Shakespeare, sino su *metteur en scène*, su editor, y ha proporcionado á sus obras, en el escenario del *Lyceum*, el cuadro magnífico que el gran poeta hubiera deseado si hubiera vivido entre nosotros.

El mismo dice lo que debe ser la *mise en scène* del teatro *shakespiriano*, en pocas, muy pocas líneas, que pueden ser consideradas como definitivas, y que resumen, dentro de su brevedad, treinta años de reflexiones y de estudios: «La *mise en scène* no debe producir al espectador ninguna impresión particular, sino concurrir á la que cause la obra. Envuelve á los actores en una atmósfera respirable, los coloca en el medio conveniente y bajo el rayo de luz que debe iluminarlos. Su papel es negativo. Cumple siempre que no dé origen á inconexiones ó incongruencias. De ir más lejos, pudiera ser perjudicial.» Quien haya presenciado alguna representación en el *Lyceum* habrá podido ver este programa rigurosamente observado.

La restauración del texto de Shakespeare aún es más importante. Cuando Irving empezó por prescindir, para *Ricardo III*, de la versión de Colley Cibber recibió felicitaciones unánimes, y desde entonces continuó el mismo trabajo con los otros dramas, formando así una *acting edition* de las obras maestras de Shakespeare, un Shakespeare representable, sin dejar de ser nunca el verdadero. Labor tan prolija y minuciosa ajústase á tres reglas principales: omitir á menudo, cambiar de sitio algunos trozos á veces, y no añadir nunca, ni una sola palabra.

Irving no es un actor sin defectos, y no está á la misma altura en todos los papeles. La primera vez que se le ve, su mímica parece exagerada, sus movimientos desordenados y convulsivos. Periódicamente hunde la cabeza entre los hombros, como un salvaje que se va á lanzar contra un enemigo. Su dicción tampoco es perfecta, y él mismo lo reconoce. Pero con esto y con todo, sus méritos son tan grandes, su personalidad es tan indiscutible y de tanto relieve, despliega sobre las tablas tal cantidad de inteligencia y de estudio, que no hay quien pueda disputarle el lugar preeminente que ocupa en el teatro contemporáneo.

Para los grandes artistas que le han precedido en la escena pública escatima las manifestaciones de respeto, pero en ningún caso se atiene á la tradición. Su método, completamente personal, comprende tres fases: un estudio paciente y concienzudo, á fin de comprender el pensamiento del autor; la obra de la propia inspiración, que sugiere gran número de efectos; un trabajo de selección entre éstos, para excoger únicamente los mejores, los que sean de buena ley, los que se ajusten por completo á la índole del personaje.

En cuanto á la pasión que siente por su arte, faltan frases con qué encarecerla. No defiende el teatro porque, como él dice, el teatro es una institución tan admirable que no necesita ser defendido; pero lo glo-

rifica de un modo constante, con términos del mayor entusiasmo, no sólo en sus conversaciones particulares sino en las conferencias que da á menudo sobre cuestiones relacionadas con su difícil carrera, y en las que luce su elocuencia natural, su vivo ingenio y su abundantísima erudición.

«Me atreveré á decirlo?—escribe M. Filon—Sin faltar á la consideración que merecen los buenos y aun los eminentes actores que posee todavía nuestro país (Francia), Irving me parece el primero en su arte, el *leader* y el rey de su profesión. Lo es por la belleza y la unidad de su vida, por el vigor espléndido de su vocación, por la variedad magnífica de sus facultades, por su inteligente simpatía hacia las demás bellas artes y las ideas que son el alma de su tiempo. Además, por el lento progreso y la formación progresiva de su talento, por ese espíritu de independencia y de iniciativa estrechamente unido al culto del pasado, es una de las encarnaciones de su raza, uno de los hombres en quienes se leen hoy más claramente los caracteres del genio inglés.

«Nada le ha faltado; ni aun la suerte de hacer un capital. Irving se justificó por anticipado de esta fortuna, temiendo que alguien se la echase en cara, con una frase curiosa, que completa su retrato. «Es necesario—dijo—que el teatro llegue á ser un negocio, para que su fin artístico se realice cumplidamente.» Y es verdad. Shakespeare acaso, ¿deja de ser Shakespeare porque haya llegado á ser en manos de Irving una mina de oro?»

Para concluir. El insigne actor no es ya un *mister* cualquiera, sino *Sir* Henry Irving, como Tennyson, el ilustre poeta, fué *Lord* Tennyson.

Porque Inglaterra será, sin duda, el país de las grandes tradiciones aristocráticas, pero es también, por lo visto, el país de las grandes justicias, leídas al talento del hombre, sea cual fuere el campo en que éste se revele y brille.

## Diversiones públicas.

### Autor y mártir.

El maestro Peydró, ha dado principio con fortuna á la serie de estrenos de la temporada actual.

No parecían favorecerle ni las dimensiones de la obra, la cual por dividirse en dos actos podía presentar mayor número de puntos vulnerables á la malevolencia de los *reventadores*; ni el hecho de romper la marcha en Eslava, donde el público de los estrenos tiene fama, con razón, de ser demasiado impaciente y aun demasiado cruel en ocasiones.

Y sin embargo, *Autor y mártir* obtuvo desde el principio favorable acogida, y su éxito, aunque no revistiera inusitadas proporciones, fué verdaderamente satisfactorio, por varios conceptos.

Trátase de un juguete cómico-lírico. Así lo denomina su autor, y así es en realidad.

Letra y música son producciones de un mismo ingenio, y ambas revelan en el Sr. Peydró excelentes condiciones como autor cómico y como maestro compositor.

En el libro son de notar algunas inexperiencias, y no todos los recursos pueden ser aplaudidos por originales; pero la acción está bien desarrollada, el interés del enredo entretiene y distrae constantemente al espectador, las situaciones cómicas son divertidas, y entre los chistes hay varios muy graciosos y colocados con oportunidad.

La partitura gustó mucho también. Abunda en motivos preciosos y se recomienda, además, por su cuidada factura y su elegante estilo. El *duetto* de tiple y tenor en la segunda mitad del primer acto, un intermedio del segundo, que fué repetido, y el concertante final son, entre otros, números dignos, sin duda, de muy sinceras alabanzas.

En la interpretación de *Autor y mártir* se distinguieron la Srta. Brú, la Sra. Sabater y los Sres. Soler, Ripoll, García Valero, Carrión y Martínez.

El maestro Peydró, llamado á escena desde el primer acto, no pudo escuchar los ruidosos aplausos del público, porque se encuentra en Salamanca, con la compañía Berges.

Allí recibirá muchas felicitaciones, á las que unimos la nuestra.

Para la Empresa de Eslava el éxito de anoche es de buen agüero, y sinceramente deseamos que la fortuna siga favoreciéndola, como es de esperar.

Mañana empezarán los ensayos de una obra en un acto, libro del Sr. Labra, música del maestro Santamaría.

\*\*\*

También hubo anoche estreno en el Príncipe Alfonso: el de un juguete cómico-lírico, *Los tres clavetes*, que obtuvo un éxito bastante lisonjero, aunque una parte del público protestó vivamente durante las primeras escenas, y no dejó oír al final los nombres de los autores.

El libro se salvó gracias á un tipo cómico, que interpretó muy acertadamente el Sr. Mencayo. La música, original del Sr. Cotó, es, en general, agradable, si bien hay más números de los que hacen falta, y todos son demasiado largos. Se repitió una romanza, que cantó perfectamente la Srta. Arana.

## LA EPOCA. Lunes 16 de Septiembre de 1895

*La Justicia*, periódico de Calatayud, propone que durante la próxima temporada de ferias en aquella ciudad, se represente *La Dolores* del Sr. Bretón, no en el teatro, sino en la Plaza de Toros, habilitando el edificio convenientemente, (difícil es), alumbrándolo con arcos voltáicos, y estableciendo un servicio de trenes á precios módicos, desde Madrid y Barcelona.

También se trata de que el Sr. Bretón sea coronado en el teatro de Calatayud, y se añade: «como Granada coronó á Zorrilla».

Distingamos.

El autor ilustre de los *Cantos del trovador*, fué coronado en Granada como poeta nacional, y recibió allí el homenaje del país entero, cuando se hallaba el insigne vate casi al término de una larga y gloriosísima carrera.

No es preciso recordar cómo y en qué forma se verificó aquella magnífica fiesta.

Bueno será, por lo tanto, que, dejando á Calatayud la natural y legítima satisfacción de que festeje al autor de la ópera *La Dolores* (que bien lo merece, sin duda), no se saquen las cosas de quicio, aunque sea, seguramente, con el mejor de los propósitos.

También parecería natural que el Sr. Feliú y Codina que es, en realidad, quien ha *creado* la hermosa figura de la moza de Calatayud, compartiera, como es de justicia, con el Sr. Bretón, los homenajes á que nos referimos.

## LA EPOCA. Viernes 20 de Septiembre de 1895

### Teatro Romea.

Cuatro palabras sobre la inauguración de la temporada en Romea, que se verificó anoche.

La compañía no vale gran cosa, pero es bastante buena para aquel teatrillo. Lo que no se ve, por ahora al menos, es quién puede sustituir á Loreto Prado, la graciosa y original artista que alcanzó allí, durante las últimas temporadas, tan legítimos éxitos.

La Srta. Alcacer entusiasmó al público (que fué muy numeroso en todas las secciones), interpretando el papel de la *Antonelli* en *El dúo de La Africana*.

La otra primera tiple, Srta. Catalá, que se presentó con el juguete de Liern y Rubio *Dos canarios de café*, gustó menos, aunque vale más que su compañera.

La Sra. Pastor es una característica aceptable.

Valentín García, que aparece en Romea con el doble carácter de primer actor y director de escena, ice con acierto y canta bien.

Los Sres. Reforzo y Barraycoa fueron aplaudidos varias veces.

La función terminó con la zarzuela *El cabo primero*, que, tal como se representó anoche, más bien debería titularse *El último quinto*.

## Veladas teatrales

Lara.—Inauguración de la temporada.

Es'ava.—Reprise de EL VIZCONDE.—Beneficio de los autores de EL TAMBOR DE GRANADEROS.

La función con que da principio el año escénico en Lara, suele preceder á solemnidades análogas en la Comedia y el Español, así como estas sirven, generalmente, de prólogo brillante á la reapertura del Teatro Real.

La série que forman estas cuatro inauguraciones se desarrolla en animada y visible progresión. La vida madrileña va despertando gradualmente de su letargo, después de las vacaciones veraniegas. Playas y balnearios van devolviendo, poco á poco, á la villa y corte los elementos principales de su culta sociedad. Tales ó cuales personas, tales ó cuales familias, ya se han dejado ver en otros teatros, dando envidia, generalmente, á los infelices mortales que han sufrido en Madrid todos los rigores del verano, con su aspecto de salud y satisfacción; pero aún no se ha reunido todo un público granado y verdaderamente selecto. Ya en Lara empieza á reunirse; en la Comedia y en el Español su círculo se ensancha, y pronto se advierte que el *todo Madrid* de los cronistas torna á encontrarse en su terreno propio. Y del Real no hablemos. Abrir de nuevo sus puertas aquel coliseo, y comenzar para la corte la temporada de invierno (ó la *season*, ó la *season*, ó como ustedes quieran), es lo mismo.

\*\*\*

Todo esto, que ha ocurrido tantas otras veces, vuelve á suceder ahora con perfecta regularidad, y ya anoche tuvimos función en Lara con gran regocijo de muchas gentes que aguardaban llenas de vivo deseo esta inauguración, no sólo por afán de lucir ó por ganas de solazarse cultamente, sino también porque se había dicho que D. Cándido no abriría su teatro hasta que pasara, ó estuviera á punto de pasar por completo, el calor.

Y como D. Cándido es un hombre precavido, y muy bien relacionado en las altas esferas, ¿por qué no creer que cuando ya se ha atrevido es porque sabe, de buena tinta, que el calor, el fuerte calor de las últimas semanas, no ha de volver á molestarnos por ahora, á lo menos durante las noches?

Ello es, de todas maneras, que Lara se decidió, y que anoche daba gloria ver, según suele decirse, la sala de su elegante y precioso teatro. Había en palcos y butacas tantas mujeres bonitas que, de hacer sido escogidas por la dirección artística á fin de dar mayor realce y mayor brillantez á la función, hubiera acreditado aquella su buen gusto de una vez para siempre.

Por otra parte, la sala es tan alegre y tan linda; preséntase ahora decorada nuevamente con tanta riqueza; la alumbran con vivísima claridad tantas lámparas eléctricas, y produce, en suma, tal impresión de simpatía, que no es mucho que la concurrencia se predisponga en buen sentido desde el primer instante.

Además, todo está allí tan limpio, tan en orden, tan bien cuidado, que no parece sino que, al inaugurarse cada año la temporada, se estrena, es decir, se inaugura también el teatro. Otros hay, de más campañas, en los que no sucede lo propio.

\*\*\*

El programa de la función componíase de tres producciones muy conocidas ya, lo cual no fué obstáculo para que el público volviera á oírlas y á aplaudirlas con verdadero gusto, celebrando con ruidosas carcajadas sus chistes y agudezas: *Golondrina*, la chispeante obra de Ramos Carrión, en la que no es difícil reconocer la hábil mano de un maestro de hacer comedias; *La robotica*, el graciosísimo sainete de Vital Aza, que llegará durante el mes próximo á su centésima representación en Madrid, y el arreglo de Pina Domínguez *Matrimonio civil*, muy divertido también.

La compañía es, sobre poco más ó menos, la misma de la temporada anterior, sin otra modificación importante que la de haber vuelto el Sr. Ruiz de Arana á su antiguo hogar artístico, en sustitución del señor

62-61

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Romea. El Sr. Ruiz de Arana es un actor de grandes méritos, y seguro estoy de que ni él ni la empresa tendrán por qué arrepentirse de haber llegado á entenderse.

Con él figuran en la lista de actrices y actores la Sra. Valverde, irremplazable en aquella escena; Rosario Pino, tan simpática é inteligente; Matilde Rodríguez, que disfruta ya hace años de una reputación tan bien ganada; las Srtas. Ríaza y Lasheras; Rubio, que cuenta con generales simpatías; Larra, á quien volví á ver con satisfacción en su verdadero campo, después de haberle visto fuera de él durante la temporada de verano, en el Príncipe Alfonso; el Sr. Santiago, que interpreta con tanto acierto algunos tipos, y el Sr. Nortes, un actor nuevo en Lara y que parece bastante bueno.

Unanse á tan excelentes artistas las obras nuevas, de muy renombrados autores, que ya tiene formalmente ofrecidas y de las que se promete mucho la empresa, y se comprenderá que hay razones bastantes para augurar á aquel teatro una campaña feliz, aun dejando á parte toda sana intención y todo buen deseo.

El próximo día 1.º de Diciembre se cumplirán cuarenta años desde que se estrenó la zarzuela de Camprodón y Barbieri, *El vizconde*, que anoche se representó en Eslava, después de haber pasado mucho tiempo sin que la oyera el público de Madrid.

Eran, aquellos, tiempos bastante felices para la música nacional. Aproximábase la apertura del Teatro de la Zarzuela. Arrieta acababa de enriquecer su repertorio con *Marina*, y Barbieri con *Mis dos mujeres*.

*El vizconde* apareció en los carteles del Teatro del Circo, el 1.º de Diciembre de 1855, según acabo de indicar, ocupando el centro de un programa que empezaba con un entremés lírico-dramático, *Alumbra á este caballero*, y concluía con *El grumete*.

Gustó extraordinariamente. Estuvo muy en boga durante algunos años. Y, sin embargo, para la nueva generación es una zarzuela casi desconocida, por lo que creo que no dejarán de ser curiosos estos recuerdos.

La crítica no fué menos benévola que el público con *El vizconde*, y sólo tuvo elogios para el libro, considerado como el mejor de lo que había escrito hasta entonces Camprodón, y para la música, de la que decía Pedro Fernández (Navarrete) en sus crónicas de LA EPOCA:

«Sus melodías son nuevas y expresivas; la instrumentación es rica y brillante. El aria del vizconde; el terceto de éste, Elena y el bajo, y el dúo, son piezas de mérito y efecto; y para que todo corresponda (añadía el citado escritor), los cantantes ejecutan perfectamente la zarzuela.»

Fueron aquéllos la Di Franco, el bajo Becerra, el inolvidable Caltañazor, y la Ramírez, que interpretó el papel de protagonista con un éxito tan grande «que la expuso á perecer en la segunda representación entre una lluvia de coronas, ramilletes y pájaros».

Cuarenta años no pasan en balde por una obra que debió su envidiable fortuna, no sólo á sus propios méritos, sino también á las favorables circunstancias en que se estrenó, cuando soplaban vientos muy bonancibles para la naciente zarzuela.

El libro, no obstante, aún se oye con agrado, y es curioso, muy curioso, en cuanto nos demuestra con qué poco se contentaba el público de aquella época. La música encanta siempre. Conserva su frescura y sus primores, y desde el primer número, bullicioso y alegre, revela fácilmente el nombre de su ilustre autor.

Interpretaron ayer el *El vizconde* las Srtas. Miralles y Elena Rodríguez y los Sres. Soler y Carrión. Para todos hubos aplausos y llamadas á escena, pero Soler merece un elogio especial.

En Eslava celebrábase también anoche el beneficio de los Sres. Sánchez Pastor y Chapí con la 300.ª representación de su popular zarzuela *El tambor de granaderos*. La obra gustó, más que gustó, entusiasmó como siempre, y el teatro estuvo lleno en las cuatro secciones.

62  
63

LA EPOCA. Martes 24 de Septiembre de 1895

### Diversiones públicas.

El juguete cómico-lírico *La nueva industria*, que se estrenó anoche en Variedades, está basado en una obra francesa bastante ingeniosa. Pero el arreglo, llamémosle así, no pasa de regular.

Tampoco vale gran cosa la música, original del director de orquesta en el mismo coliseo, D. Luis Reig, y de la cual sólo se repitió un número, un quinteto, que debió tal honor, más que á su mérito propio, á la gracia de la situación.

La interpretación fué, en conjunto, aceptable. Terminado el estreno, salieron á escena tres ó cuatro veces los autores de la música y de la letra. Este es D. Luciano Boada.

Una observación á la Empresa. ¿No le parece que es demasiada *claque* la que actuó anoche? Ayer el público que paga estaba de buen humor, y oyó, como quien oye llover, tantas ruidosas salvas de aplausos; pero, ¿quién le asegura á la Empresa que siempre va á ocurrir lo mismo?

## Veladas teatrales

**Martin.**—*Inauguración de la temporada.*

**Eslava.**—*Estreno del sainete lírico titulado EL COCHE DE PARLA.*

La empresa y la dirección artística del teatro Martín cuentan, por lo pronto, con cuatro elementos de mérito indudable.

Loreto Prado, la graciosa artista, que aunque no dispone de un campo de acción muy extenso, como se vió anoche mismo bien á las claras, es sin duda una actriz originalísima, con verdadera personalidad, de inteligencia muy viva y de muy eficaces recursos.

Rosa Arnal, la bella y distinguida tiple que *debutó* durante la temporada anterior en Eslava con tanto éxito, bajo los auspicios del maestro Chapí, y que ha tenido el buen gusto de presentarse anoche con *La Zarina*, una de las obras más populares é inspiradas del autor de *La Bruja*.

Una excelente orquesta, muy bien dirigida por un maestro tan modesto como apreciable: D. Teodoro San José.

Y un cuerpo de coros muy nutrido y con voces muy buenas.

Otras actrices y otros actores merecen también especiales menciones, y ya iré haciéndolas más adelante.

El resto de la compañía «deja mucho que desear». Ya sabe el lector lo que esto quiere decir.

\*\*\*

Para las cuatro secciones hubo público numeroso y en el que figuraba buen número de personas conocidas. Pocas veces se habrá reunido en aquella sala una concurrencia tan brillante.

Empezó el espectáculo con la zarzuelita *El cordero pascual*. La Srta. Lozano gustó y fué aplaudida.

Después interpretó Loreto Prado dos obras: el precioso monólogo que tiene por título su nombre, y que está escrito con tanto ingenio por mi querido compañero D. Diego Jiménez Prieto, y *La japonesa*.

En el monólogo, Loreto consiguió un ruidoso y merecido triunfo. En la zarzuelita de López Marín, Uriarte y Vidal no estuvo tan afortunada.

*La Zarina* alcanzó, en conjunto, una interpretación notable. Exceptuando al barítono, los demás artistas se hicieron acreedores, en justicia, á los espontáneos y nutridos aplausos del público.

La Srta. Arnal cantó su parte, que es de gran lucimiento, pero también de prueba, para una tiple, con hermosa voz y arte exquisito. Repitió la canción bohemia y no mereció menos elogios en el lindísimo cuarteto y en el *duetto* con el tenor cómico.

La Srta. Menéndez interpretó el papel de *Berta* con rara discreción, y seguramente lucirá más cuando se vea libre del temor que anoche sentía.

El Sr. Taberner—*Lestok*—demostró que es un actor estudioso y concienzudo. El Sr. González—*Pedro*—hizo reír mucho.

El coro de la seducción también fué repetido, como siempre.

La función terminó con el juguete *La Menegilda*, en el que la Srta. Prado volvió á lucir su donaire y su gracia, obteniendo un éxito muy satisfactorio.

\*\*\*

*El coche de Parla*, sainete lírico que se estrenó en Eslava á segunda hora, no pudo llegar felizmente á su destino.

Durante la primera mitad de la representación, todo marchó perfectamente.

El público se rió con algunos chistes muy graciosos, y aplaudió dos ó tres números de música; pero después se torció el carro, y no me refiero precisamente al que había en escena.

Aunque no se proclamaron sus nombres, para nadie era un secreto en el teatro que son autores de *El coche de Parla* un conocido é ingenioso escritor, muy aplaudido otras veces, y un distinguido maestro.

Uno y otro encontrarán, seguramente, pronto *desquite*.

Veladas teatrales.

**Martin.**—Estreno de la ópera cómica en un acto *EL ESTUDIANTE ENDIABLADO*, letra de los Sres. Ginard de la Rosa y La Guardia, música del Sr. Vidal y Llimona.

—Diga, señor enlutado:  
¿a quién llevan á enterrar?  
—Al estudiante endiabado  
D. Félix de Montemar—  
respondió el encapuchado.

Esta famosa quintilla de *El estudiante de Salamanca* ha proporcionado á los Sres. Ginard de la Rosa y La Guardia el título de su nueva obra, la cual, según dicen los carteles, está escrita «con motivo» del célebre cuento de Espronceda.

D. Félix de Montemar es, efectivamente, el protagonista; pero no el bizarro galán, segundo D. Juan Tenorio, tal y como aparece en la leyenda hermosísima del inmortal poeta: juguete y víctima de sus locas pasiones; por el que ha muerto de amor «la desdichada Elvira»; jugador empedernido á quien

el amor  
le negara su favor  
cuando le viera ganar;

el que mata en duelo á D. Diego de Pastrana y no retrocede luego ante todas las amenazas de lo fantástico, ni ante todas las asechanzas de lo desconocido; aquel, en fin, por quien vino el propio Satanás,

en forma de mujer, y en una blanca túnica misteriosa revestido.

No; es un D. Félix de Montemar aún muy tierno, en estado de capullo, cuando, antes de entregar por completo al diablo su alma de hombre, se entretenía, sencillamente, en hacer *diabluras*.

No censuro; antes bien me explico fácilmente que si los autores propusieron escribir un libro de zarzuela regocijado y ligero, y nada más, procedieran como han procedido. Por otra parte, querer llevar al teatro el cuento de Espronceda con toda su grandeza y toda su amplitud, acaso hubiera sido acometer una empresa imposible de realizar. Pero digo lo que va por delante para que el lector sepa á qué atenerse respecto á lo que es, en puridad, *El estudiante endiabado*.

Y reducida ya la obra á sus verdaderas proporciones, con un D. Félix de Montemar casi infantil, y un D. Diego de Pastrana *pour rire*, que en vez de morir como un valiente se deja desarmar de buenas á primeras como un cuitado, fuera injusticia notoria no consignar en seguida que el libro de la nueva ópera cómica es digno en general de sinceros elogios, por lo siguiente: porque revela en sus autores una envidiable discreción y un buen gusto que si en toda ocasión reclamian aplauso, aún lo merecen más en los tiempos que corren; porque está bien compuesto y bien escrito, y tiene situaciones *vistas* con acierto y desarrolladas con indudable habilidad.

Acaso hubieran debido prescindir los Sres. Ginard y La Guardia de aprovechar versos de Espronceda en lance muy distinto de aquel otro en que hubo de ponerlos su autor, y con tanta más razón cuanto que habían de mezclarlos con renglones cortos de la propia cosecha, nunca tan felices, tan robustos ni tan inspirados como los de Espronceda.

Y cierto es igualmente que el final de la obra adolece de languidez y frialdad; de falta de *picardía*, según el *argot* de entre bastidores.

Pero estos defectos, aunque lo sean para el público todo, como para mí lo son, representan poco frente á la suma de méritos que reúne, sin duda alguna, el libro de *El estudiante endiabado*.

La música, del Sr. Vidal y Llimona, es muy linda, y acredita la pericia, la inspiración y el tino con que este distinguido compositor sabe encontrar motivos preciosos, componiéndolos y aderezándolos muy diestramente. La canción que sirve para la salida del hostelero y el terceto son dos números de efecto seguro.

También merecen aplausos, y no he de regateárselos ciertamente, los artistas que interpretaron los principales papeles de la obra: la Srta. Prado, la señorita Arnal y el Sr. Taberner.

La primera supo obtener frecuentes aplausos, prestando su personal atractivo á la figura del estudiante.

Fué ante todo y sobre todo *ella*, con su gracia pícarasca, su natural desenvoltura, sus deliciosos gestos, sus cómicas actitudes y su especial manera de subrayar determinadas frases; pero también dió muestras de haber entendido un papel muy diferente de los que suele desempeñar, y en las escenas de tonos levantados dijo muy bien los versos y *destacó* algunos con singular maestría.

La Srta. Arnal, que había aceptado, en obsequio á los autores, una parte secundaria, la interpretó perfectamente, y cantó como ella sabe hacerlo, es decir, de un modo notable.

El Sr. Taberner hizo un hostelero excelente.

\*\*\*

El éxito debió ser franco y grande, pero excedió á todo lo que se podía creer y esperar. Los aplausos atronaban. En dos ó tres ocasiones, se interrumpió la representación para que el Sr. Vidal y el Sr. Ginard de la Rosa salieran á escena, y al final se levantó el telón y no sé cuántas veces, mientras desencadenábase una verdadera tempestad de *bravos* y de palmas.

Si el jefe de la *claque* en Martín se llamara Trigo, como se llama, según me dicen, el de otro teatro, bien podríamos repetir ahora que «por sobra de trigo nunca es mal año».

Y si no, que se lo pregunten á los autores de *El estudiante endiablado*.

C. F. S.

LA EPOCA Jueves 3 de Octubre de 1895

### Diversiones públicas.

La zarzuelita en un acto *La brasileña*, que se estrenó anoche en Romea, consiguió pasar, sin pena ni gloria.

Tiene algunas escenas divertidas, y cuatro números de música, ligera y bonita, de los cuales se repitieron dos.

Los autores—D. Calixto Navarro, de la letra, y don Angel Rubio, de la música,—fueron llamados á escena; pero no salieron, porque, según dijo un actor, no se hallaban en el teatro.

La interpretación fué regular, y el público, el verdadero público, bastante escaso.

LA EPOCA. Viernes 4 de Octubre de 1895

### Veladas teatrales.

*Zarzuela.—Inauguración de la temporada.*

Quando terminó hace pocos meses la temporada de 1894 á 1895 en el Teatro de la Zarzuela, después de los éxitos obtenidos por *Mujer y Reina* y *La Dólores*, creyeron algunos incautos que se había abierto, y que no había de interrumpirse ya en mucho tiempo, un período de prosperidad para el arte lírico español en sus más serias manifestaciones, y no faltaron tampoco ilusos que aseguraran que el hermoso coliseo de la calle de Jovellanos quedaba ya convertido en el verdadero templo de la ópera nacional. ¡Sí! ¡Sí! ¡La ópera nacional! Ahí está el programa de anoche. *La salsa de Aniceta... La indiana... ¡Y vamos viviendo!*

Fuera injusto, sin embargo, no reconocer que la empresa actual, una vez decidida á explotar el género chico, ha procurado reunir valiosos elementos con que servir, ya que no á los intereses del arte, á los gustos que hoy dominan en una gran masa del público madrileño.

La Arana, la Lázaro, la Montes, Rosell, Romea, Castilla, Moncayo... Todos estos nombres suenan mucho; llenan, según suele decirse, un cartel, y son, sin duda alguna, muy eficaces alicientes para que

64  
65

aquella amplia sala se vea muy concurrida, por lo menos durante el principio de la temporada, y aún después, seguramente, si la dirección artística, más afortunada en la Zarzuela que en el Príncipe Alfonso, sabe, ó consigue, dar con dos ó tres obras de esas que, como asegura la gente de teatro, «hacen una temporada».

Este es el gran problema por resolver. Hasta que pase algún tiempo fuera aventurado, muy aventurado, insinuar siquiera el menor augurio, si bien yo desde ahora confío en que los empresarios de la Zarzuela no seguirán teniendo «el santo de espaldas», como en el antiguo Circo de Rivas, y así lo deseo muy sinceramente. Pero, de todas maneras, y circunscribiéndome á lo que puede y debe ser hoy juzgado, repito que la compañía, como tal compañía de género chico, reúne condiciones y elementos bastantes, y aun sobrados, para llamar la atención y para despertar el interés del público en general.

Y hablemos ya de la función de anoche. La sala estaba brillante, la concurrencia fué numerosísima y salió, al parecer, satisfecha del espectáculo, aun componiéndose éste, como se compuso, en sus tres cuartas partes, de obras ya muy vistas y usadas, y de escaso mérito: *Los puritanos*, acaso la peor de las que forman el abundante y divertido repertorio de los Sres. Arniches y Lucio, pues su libro vale poco y no tiene, como otras, música de Chapí ó de Caballero; *La indiana*, que ocupa un lugar análogo entre las producciones del aplaudido y afortunado autor cómico Sr. Jackson Veyan, y que ha vivido y aún vive á expensas de la música, y *La salsa de Aniceta*, juguete insubstancial, del que ya nadie se acordaría hace mucho tiempo, si no lo resucitara de cuando en cuando con sus graciosas bufonadas el Sr. Rosell.

*El cabo primero* ya es otra cosa. Se halla actualmente en el apogeo de su carrera, y tanto por su merecido éxito, cuanto por ser obra del maestro Caballero, director artístico del teatro, debía tener un lugar en los carteles de la función inaugural, y en los sucesivos, por derecho propio.

En *Los puritanos* fué muy aplaudido el Sr. Castilla. Rosell hizo luego «de las suyas» en *La salsa de Aniceta*, con gran regocijo y holgorio de la concurrencia.

*La indiana* proporcionó un triunfo á la Srta. Arana y un éxito muy satisfactorio al barítono Sr. Domingo, que tiene preciosa voz y canta muy bien.

Y en *El cabo primero* la Srta. Lázaro y el Sr. Moncayo obtuvieron igualmente muy nutridos aplausos. El Sr. Rosell desempeñó el papel de D. Fabián, que estrenó en Apolo D. José Mesejo. Hizo reír mucho, pero no interpretando bien el tipo, como Larra en el teatro del paseo de Recoletos, sino á su manera, y, ¿por qué no decirlo, si es la pura verdad?, *apayasándolo*.

Rosell siempre es el mismo, y ya se sabe: en cuanto pasan dos minutos sin que la gente se ría, hace dos ó tres cabriolas ó tropieza contra un mueble... y refecto seguro!

Entre los demás artistas, se distinguieron la señorita González y el Sr. Gallo, que parece un buen tenor cómico.

Ni la Srta. Montes ni el Sr. Romea *debutaron* anoche.

Se reservan, por lo visto, para mejor ocasión.

Para concluir: ustedes dirán, porque yo no debo decirlo, si todo esto, con lo bueno y con lo malo que he procurado referir y comentar imparcialmente, vale la pena de que el Teatro de la Zarzuela se haya convertido, por ahora al menos, en un teatro más de género chico.

C. F. S.

## Veladas teatrales.

**Comedia.**—*Inauguración de la temporada.*—FRANCI-LLON.

Después de larga ausencia, la Sra. Tubau volvió á presentarse anoche en el escenario de la Comedia. Desde que se apartó de aquel teatro, la eminente actriz sólo ha tenido en esta corte su centro artístico durante algunas temporadas. Las expediciones á la América del Sur y las campañas en Barcelona, con otros viajes por casi todas las provincias de España, la mantuvieron á menudo lejos de Madrid, y cuando á Madrid volvió, tampoco estuvo muy cerca del público madrileño. Nadie ignora que actuó en el Teatro de la Princesa. Aun así, consiguió muchas veces el milagro de ver aquella sala elegantísima ocupada completamente por la más distinguida concurrencia, y aunque los resultados económicos no siempre fueran excelentes, la artista continuaba, sin cesar, su brillante carrera, de triunfo en triunfo.

El público, en general, le seguía siendo fiel, y el círculo de sus admiradores nunca dejaba de ser numeroso y selecto.

Su regreso ahora á la escena en que alcanzó tantas y tan lucidas victorias hace años; su nuevo pacto de alianza con el Sr. Mario, que representa una suma de fuerzas y de talentos, de iniciativas y de buena voluntad, verdaderamente notable y plausibile, son, sin duda alguna, motivos de satisfacción para cuantos se interesen por el mayor decoro y la mayor prosperidad del teatro en Madrid, sin prejuicios inconvenientes, ni viciosas intolerancias.

El primer aplauso que resonó anoche en la sala de la Comedia fué, para la célebre actriz, un saludo afectuoso de bienvenida.

Y estas líneas con que doy principio á mis notas de hoy, deben llevar también á la Sra. Tubau la expresión de una simpatía constante y el homenaje de una admiración sincera, antigua y desapasionada.

*Francillon* es una comedia muy conocida y juzgada ya. Obra de tésis, como casi todas las de su autor, Dumas parece defender en ella algo que es lógico á su entender: no ya solamente que el deber de la fidelidad conyugal es tan absoluto para el marido como para la mujer, sino que la esposa tiene el derecho de responder con la infidelidad á la infidelidad de su esposo. Y sin embargo, por uno de esos *mentis* que da á veces á cierta clase de lógica la observación de la realidad—según indica un crítico eminente,—así como parece exacta la primera proposición, no lo parecen la segunda ni las demás que de ésta se derivan.

Y tan es así, que el mismo Dumas, que «lanza» su tésis con toda crudeza, y pone en labios de Francine, durante su célebre escena del primer acto con Luciano, estas palabras: *Si jamais j'apprends que tu as une maîtresse, une heure après que j'en aurais acquis la certitude... j'aurais un amant... œil pour œil, dent pour dent*; el mismo Dumas, decía, sólo da á la airada conducta de *Francillon* una apariencia de represalias, sin atreverse, en modo alguno, á que se realicen aquellas amenazas, con lo que perdería á un mismo tiempo la protagonista de su obra la consideración de las gentes honradas, en el mundo real, y las simpatías del público, en el teatro.

Pero... huyamos de un terreno en el que fácilmente surgen las ideas que dan motivo á discusiones generalmente enojosas. Guste ó no la tesis de Dumas; satisfaga ó no la forma con que el autor la desarrolla, por carta de más ó por carta de menos, los méritos principales de *Francillon* son, sin duda, el interés de la obra y el acierto con que están presentadas y dibujadas las figuras; el arte, de maestro, con que la acción se desenvuelve, en animadas escenas y bien combinadas situaciones, y los primores mil del diálogo, en el que Dumas repartió con largueza frases felices y pensamientos ingeniosos.

Desde que conocí la obra, poco después de su estreno en París, mis impresiones fueron estas. No se modificaron después cuando la vi representada, ni tampoco se han modificado ayer; pero un deber de since-

66

ridad y de justicia me obliga á confesar ahora que la opinión del público anoche, fué, en general, muy diferente de la mía, y bien lo reflejan hoy distinguidos críticos en los periódicos de la mañana. El auditorio se mostró reservado y frío, casi constantemente. No pudo por menos de celebrar con espontáneas risas y expresivos murmullos, tal ó cual rasgo de ingenio, tal ó cual escena interpretada á las mil maravillas, pero condenó la obra resueltamente. Se comprende, pues, y se explica que hasta el final de la comedia, momento en que el público se reanimó un tanto, los aplausos fueron pocos y tibios, y esto llamaba más la atención, porque en el Teatro de la Comedia no hubo anoche *claque* de ningún género.

\*\*

La Sra. Tubau da vida con arte sumo al tipo curioso y original de Francisca de Riverolles. De ningún pormenor se olvida, ni perdona matiz alguno. Ya maliciosa y astuta, ya indignada y celosa, ya vehemente y apasionada, con insensatos extremos, *Francillon* siempre encuentra en la gran actriz admirable intérprete. Difícil sería decir en qué escena estuvo mejor.

El papel de Luciano de Riverolles no es muy lucido, ciertamente. Pero esto no fué obstáculo para que el Sr. Thuiller acreditara en él nuevamente su justo renombre de inspirado y distinguidísimo actor. En el monólogo mudo del segundo acto no se puede hacer más. Y sin desplantes, sin exageraciones, sin buscar el efecto con recursos fáciles; muy al contrario, obteniéndolo con una sobriedad, con un buen gusto y con un hondo sentimiento dramático, dignos de incondicional alabanza.

No la merecen menos la naturalidad y el dominio de la escena con que interpretó Vallés al papel de Grandredon.

El Sr. Amato me pareció tan rígido y tan frío como siempre. El tipo del marqués de Riverolles, que nos describe su hija antes de que aparezca, no es seguramente aquel tipo impasible, serioso, con gesto displicente y cara de mal humor, que hizo anoche el Sr. Amato.

La Sra. Alvarez—*Mad. Smith*—es una actriz excelente; la Srta. Suárez—*Anita*—no descompuso el cuadro; el Sr. Muñoz—*Symeux*—es un actor muy discreto; Manso desempeñó con verdadera gracia el papel de *Pinguet*.

La escena del tercer acto, que precede al desenlace, entre *Mad. Smith*, Luciano, Grandredon y el pasante fué representada con admirable verdad.

\*\*

Como fin de fiesta se puso en escena el divertido boceto cómico de Javier Burgos, *I dilettanti*, con el cual pasó la concurrencia un rato delicioso, y que proporcionó aplausos á la Srta. Jiménez Lera y á los Sres. Balaguer y Manso.

La temporada que ahora empieza ha de ser, ó mucho me equivoco, de lucha, y de lucha constante. En general, por las tristezas que hoy sufre todo el país, y en particular por la viva competencia que ha de entablarse, y que ya se ha entablado, entre los teatros de la corte; más viva aún, porque, seguramente, ha de faltar público para todos.

En la Comedia, por otra parte, se ha de tener muy en cuenta la vecindad del Español; con la notable compañía que ha de actuar allí, la importancia merecida que han adquirido las representaciones de obras clásicas, y la que ya tienen, por la fama de sus autores, las obras nuevas con que va á contar la señorita Guerrero. Mis deseos, en este punto, no pueden ser más claros: que una noble emulación sirva de estímulo provechoso; que la campaña que está empezando sea igualmente buena para el arte y para el público, y que las empresas de uno y otro teatro—el Español y la Comedia, ó viceversa—lleguen con prosperidad y ventura, por todos conceptos, al fin de la temporada.

C. F. S.

## Veladas teatrales.

**Comedia.**—LA CHARRA.—*Presentación del Sr. Mario.*

Volvió á reunirse anoche numeroso y muy selecto público en el Teatro de la Comedia. No era de extrañar. La función correspondía al primer turno. El señor Mario iba á «hacer su *debut*» en la temporada actual y los carteles anunciaban también la *reprise* de *La Charra*, obra que desde hace algún tiempo no se representaba en teatro alguno de Madrid.

No es *La Charra* seguramente una de las comedias mejores de su distinguido autor. Y no lo es, ante todo y sobre todo, porque adolece de un verdadero vicio esencial. Plausible es, sin duda, el pensamiento que la inspira: fastigar la pasión exagerada y frívola por todo lo extranjero, con olvido y menosprecio de todo lo nacional; pero el Sr. Palencia no estuvo tan feliz como al concebirlo al desarrollarlo en forma escénica.

Parecía natural que, dispuesto á escribir una comedia, se hubiera mantenido siempre en el terreno propio de esta clase de obras, prefiriendo, á otros cualesquiera, los recursos que proporcionan la observación perspicaz y exacta, la sátira fina y el ingenio sutil.

No lo hizo, sin embargo, así el aplaudidísimo é inteligente autor de *El guardián de la casa*. Más bien sacó de quicio, como suele decirse, la idea capital de su producción y las figuras que en ésta intervienen, echando mano con frecuencia de efectos de sainete ó de melodrama.

Obsérvase pronto que los tipos en quienes fustiga el autor flaquezas y vicios son, en realidad, chillonas caricaturas: los del senador y su esposa, Recio Muro y sus hijos, principalmente; y adviértese al mismo tiempo, que los personajes en los que aparece encarnado, según la voluntad del autor, el buen sentido, tampoco discurren siempre como Dios manda, llegando, por ejemplo, á confundir, equivocadamente, el sano patriotismo con la malsana y antipática patriotería.

No gusto de insistir demasiado en la tarea, nunca agradable, de marcar errores y defectos. Nada más diré, por lo tanto, de los que apuntados quedan, y sólo indicaré de pasada que la obra es también desigual, por cuanto siguen al acto primero, que suele impresionar y agradar al público en muchas ocasiones, un acto segundo bastante endeble, y que concluye con una situación de poco efecto (porque no está suficientemente preparada, ni bastante justificada tampoco), y un tercer acto en el que sólo á veces torna á encontrar la comedia el éxito franco y satisfactorio del primero.

Y dicho ya todo esto, me es grato, muy grato, consignar en seguida que, una vez considerada la obra tal cual es, no dejan de merecer en ella sinceros elogios rasgos de ingenio y frases felices, que revelan bien á las claras la inteligencia y buenos propósitos de su notable autor; escenas dispuestas con arte sumo, como las que ponen fin al primer acto, y otras verificadas con sumo esmero y con noble y levantada inspiración.

\* \* \*

Solo aplausos merece, y solo aplausos obtuvo el señor Mario por el acierto con que interpretó el papel del charro. Bien se puede asegurar que desde que salió á escena el ilustre actor establecióse una corriente de simpatía desde el público hacia él. Vestió el tipo con perfecta propiedad, y en las actitudes, en los gestos, en la dicción clara, segura y correcta, fué el gran artista de siempre.

La Sra. Tubau desempeña con verdadero *amore* la parte de protagonista. Nada más natural, ni que me parezca más digno de alabanza. Y justo es decir también que el éxito personal logrado por ella corresponde á los propósitos de la eminente actriz.

De los demás artistas, la Sra. Alvarez dió mucho relieve á su papel; el Sr. Balaguer interpretó el suyo muy acertadamente, y la Srta. Suárez hizo concebir más esperanzas que en *Francillón*.

Al terminar la obra, el Sr. Palencia fué llamado á escena, en la que se presentó cuatro ó cinco veces, con su esposa y el Sr. Mario, confirmándose entonces ante el público, y entre los aplausos del mismo, la unión artística y de empresas que hoy sirve de amplia base á la campaña de aquel teatro.

Dos noticias, y concluyo.

Para el jueves se anuncia la primera representación en la temporada actual de *La ferecilla domada*.

Y para el lunes el estreno de *La gente nueva*, comedia en tres actos y en prosa, original de D. Antonio Sánchez Pérez.

Veladas teatrales.

Comedia.—LA FIERRECILLA DOMADA.

Zarzuela.—LA CANCIÓN DE LA LÓLA.

El estreno en Madrid de *La fierrecilla domada* está aún tan reciente, y el juicio de la prensa y del público acerca de los grandes é indiscutibles méritos con que la obra se impone siempre fué tan unánime entonces, como sigue siéndolo ahora, que bien puedo excusarme de tributar hoy nuevos elogios á la hermosa é ingeniosísima comedia de Shakespeare.

Y lo propio ocurre con el trabajo del Sr. Matoses, para el cual debió de tener muy presente el distinguido escritor el notable arreglo de *Taming of the shrew*, que con el título de *La mégère apprivoisée* dió hace algunos años á la Comedia Francesa, en la que obtuvo gran éxito, el conocido autor dramático monsieur Paul Delair.

Me limitaré, por lo tanto, á hablar de la interpretación que cupo anoche en suerte á *La fierrecilla domada*.

El papel de la protagonista, con el que alcanzó la señorita Cobeña tan merecido éxito, fué desempeñado, no por la señora Tubau, sino por la señorita doña Juana Martínez.

Esta bella actriz, que vuelve ahora á una compañía *de verso*, después de haber figurado durante algunos años en varias de zarzuela, y á la que el público madrileño aplaudió tanto como tiple, y tiple excelente, cuando estrenó la parte de María Stuardo en *Mujer y Reina*, es una artista muy apreciable por diferentes conceptos, pero que no reúne todas las cualidades necesarias para interpretar de un modo perfecto, en cuanto la perfección es posible, un papel tan importante y tan difícil como el que ayer interpretó.

Hizo, sin embargo, cuanto pudo, que no fué poco, y ya por esto merece un elogio sincero.

Thuiller demostró nuevamente que es un gran actor, de muy variados recursos, dando vida al tipo de Petruccio.

Balaguer, en el del escudero, supo conseguir, en justicia también, los plácemes y aplausos que no le escatimó la concurrencia.

\* \* \*

*La canción de la Lola* llevó á la Zarzuela un público numerosísimo. La amplia sala del hermoso teatro estaba completamente llena.

Se esperaba un *acontecimiento*. Hacíanlo creer así el justo renombre del sainete y el anuncio de que en su interpretación iba á tomar parte casi toda la *plana mayor* de aquella compañía.

Tan risueñas esperanzas—y lo digo con tanto más sentimiento, cuanto que yo era, de seguro, uno de los espectadores más confiados en el éxito—no se confirmaron, desgraciadamente.

Del sainete poco hay qué decir. Si no es el mejor, es uno de los mejores que ha escrito Ricardo de la Vega, y será para nuestros nietos, sin duda alguna, lo que son hoy para nosotros los de D. Ramón de la Cruz.

Pero su interpretación no satisfizo en general, hasta el punto de que sólo merecen excepciones honrosas el Sr. Rosell, porque cantó con mucha gracia los famosos *couplets* del fugador; el Sr. Castilla, que dijo con acierto el papel del sereno, y el Sr. Gallo, en el del chulo.

Ni el mismo Sr. Rosell consiguió apenas efecto alguno en el papel del memorialista; ni las Srtas. Montes y Llanos y el Sr. Moncayo distinguieron gran cosa; ni se repitió más número de música que el que acabo de citar.

El Sr. Romea (el bombero y el novio de la Lola) estuvo muy desdichado.

La actitud del público debió manifestárselo claramente al distinguido actor.

Y nada quiero añadir sobre otros artistas de segundo orden; ni aún quiero hablar de cierta actriz á la que *amonestó* en varias ocasiones la concurrencia con demasiada crueldad.

Durante las últimas escenas el público no dejó de expresar á veces su desagrado, y el telón cayó al fin para no levantarse... hasta el principio de la sección siguiente.

La misma *claque* no se atrevió á aplaudir.

En resumen:

*La camisa de la Lola*  
un chulo se la llevó;  
el sainete ha parecido,  
pero no la ejecución.

67

### Diversiones públicas.

Gran éxito obtuvo anoche en Eslava la *reprise* de *El grumete*, á la que asistió un público numerosísimo, que llenaba por completo la sala.

Tanto la Srta. Miralles como la Srta. Rodríguez (Elena), cantaron admirablemente, y fueron aplaudidísimas. El Sr. Ripoll alcanzó también un verdadero triunfo.

La Sra. Galán y los Sres. García Valero y Carrión, completaron muy discretamente el conjunto.

Mañana domingo habrá en dicho teatro una función de tarde muy buena.

Se representarán las populares zarzuelas *El Rey que rabió* y *El tambor de Granaderos*.

Ayer se leyó el libro de una zarzuela nueva, en un acto, que se titula *La gran cruz*.

Al estreno de esta obra, que se verificará muy en breve, seguirá el de *El señor corregidor*, de Fiacro Irayzóz y Chapí, cuyos ensayos van muy adelantados.

Y para después se anuncian otras dos zarzuelas nuevas: *El niño de Jerez*, del maestro Zavala, y *El bolero afligido*, del maestro Chapí, que se estrenarán por el orden en que las citamos.

En el Teatro Martín se estrenó anoche una zarzuelita titulada *La caza del tigre*.

Aunque el libro peca unas veces por languidez, otras por su escasa novedad, y otras muchas por la evidente inexperiencia con que está escrito, revela en algunas escenas que sus autores—D. Rafael Muñoz y D. Federico Escacena—poseen ciertas aptitudes que, bien cultivadas y dirigidas, pueden llegar á ser dignas de elogio, como hoy ya son merecedoras de estímulo.

La música, del maestro San José, es mucho mejor y en general muy agradable y alegre.

En la interpretación de la nueva obrita se distinguieron la Srta. Arnal y los Sres. Taberner y González.

El éxito fué inmenso, estruendoso, inenarrable. ¡Lástima grande, sin embargo, que no fuera verdad tanta belleza!

Porque es de advertir que el público—muy numeroso, como era de suponer—estaba formado en sus nueve décimas partes por amigos de la empresa, amigos de los autores y alabarderos. ¡Y qué alabarderos tan escandalosos é insoportables!

### Diversiones públicas.

El juguete cómico titulado *El otro mundo*, que se estrenó anoche en Lara, con gran éxito, pertenece al número de esas obras ligeras, con las que sus autores se proponen solamente entretener y hacer reír al público, sea como sea.

No hay que buscar, pues, en ésta ni tipos bien dibujados, ni una intención satírica de verdadero alcance, ni mucho menos una idea cómica desarrollada de un modo realmente artístico.

¡Pero, en cambio, el público celebró anoche, aceptando muy á gusto la farsa, los estrambóticos lances y peripecias que en la obrita se suceden; algunas situaciones, que le divirtieron muy de veras, y la gracia especial—de almanaque festivo—que rebosa el diálogo en casi todo el juguete. Interrumpió la representación, á menudo, con ruidosas carcajadas, y al final llamó á escena á los autores, con gran insistencia.

Son aquéllos los Sres. Arniches y Abati.

La interpretación fué buena en general, distinguiéndose la Sra. Valverde y los Sres. Ruiz de Arana, Rubio y Larra.

## Veladas teatrales.

Comedia.—LA GENTE NUEVA, obra en tres actos y en prosa, original de D. Antonio Sánchez Pérez.

Si la obra que anoche se estrenó, con suerte adversa, en el teatro de la calle del Príncipe hubiera sido retirada hoy de los carteles, me limitaría á dar cuenta del fracaso, á lamentarlo sinceramente y á desear, no por pura fórmula, sino muy de veras, que su autor alcance en breve completo desquite.

Pero como los carteles anuncian para hoy la segunda representación, publicando el nombre del señor Sánchez Pérez, que no pudo ser proclamado anoche desde la escena, me considero en el deber de escribir algo más.

\*.\*

Y empezaré lo que me propongo decir, repitiendo algo que se acepta, sin discusión alguna, en el Madrid literario: el Sr. Sánchez Pérez es un escritor culto y discreto por excelencia.

Pero bien sabe Dios que no echo mano de una y otra palabra, *culto* y *discreto*, para emplearlas por mi cuenta, según otros suelen hacerlo en ocasiones varias: es decir, considerándolas como una vulgar expresión, la más atenuada posible, del elogio; de un elogio que se concede por compromiso, con cierto displicente desdén, á manera de limosna otorgada por un espíritu superior.

Muy al contrario: más bien procuro aplicar ambos adjetivos en su sentido más amplio y halagüeño; como alabanza de verdadero y muy subido valor. Realmente, no es grano de anís eso de ser culto y ser discreto, por excelencia, en los tiempos que corren.

El autor de *La gente nueva* ha probado repetidas veces la exactitud de cuanto voy diciendo en honor suyo. No cabe, pues, duda, á mi entender, sobre este particular. Otra cosa es, sin embargo, y cosa muy distinta, que basten condiciones tan estimables, y aun si se quiere tan raras, unidas también á un estilo siempre correcto y siempre de buen gusto, para conseguir en el teatro grandes éxitos, cuando no se poseen, por desgracia, en la debida proporción, otras dotes que son indispensables para el caso.

Y esto es lo que ocurre igualmente con tan distinguido, laborioso y respetable escritor; lo que ya se ha demostrado más de una vez, puesto que el señor Sánchez Pérez sólo ha conocido, generalmente, durante su carrera de autor dramático, el tibio halago del *succès d'estime*; lo que anoche, en suma, se demostró nuevamente.

\*.\*

*La gente nueva* es una «lamentable equivocación». Claro es que no faltan en la nueva obra ni escenas muy notables, aisladamente consideradas; ni ameno diálogo, en muchas de aquéllas; ni frases felices, hijas legítimas de un claro talento y de una observación perspicaz; pero la obra, en conjunto—y lo digo con profundo sentimiento—apenas resiste á una crítica rigurosa.

Un popular periódico de la noche, al anunciar la comedia, con plausible buen deseo, nos puso en autos del argumento hace dos días, diciéndonos que la base del mismo «estriba en la absoluta separación de ideas existente entre los que se van y los que vienen, entre la gente nueva y la vieja».

Algo hay de esto, mejor dicho, algo de esto apunta en la obra; pero si tal fué el pensamiento primitivo, ó el Sr. Sánchez Pérez no se atrevió á desarrollarlo, ó hubo de distraer su atención el desenvolvimiento de un asunto que sólo muy de tarde en tarde se relaciona con la que se presentaba como idea capital, y que se reduce á una *cuestión de familia*, bien poco interesante por cierto.

«La gente joven—dice sobre poco más ó menos el *abuelito*, cabeza visible de todos aquellos parientes mal avenidos;—la gente joven acusa á la vieja de egoísta y de apocada, y á su vez la generación que se va echa en cara á la que llega su entusiasmo irreflexivo ó su alocada insensatez. Y, sin embargo, ambas se completan. Cada una, prescindiendo de la otra, sólo sería medio mundo.»

Esto ocurre en el primer acto. En el tercero, lamentanse los jóvenes de que los viejos les cierran el paso, y éstos quejense de que la nueva generación les prive de trabajo, estableciendo una concurrencia siempre desastrosa para ellos.

Pero estas manifestaciones, y algunas otras menos terminantes y claras, son cabos sueltos que apenas mantienen relación positiva y lógica con el verdadero asunto de la comedia.

No hay allí tal lucha, por lo menos bien determinada y definida. La nueva generación nada aporta en concreto. Los tipos que la representan reflejan pensamientos diferentes, con muy diversos matices. Aquella madre y aquellos dos padres, que marcan un grado inmediatamente superior en *la escala de la vida*, que dijo Rubí, son unos entes sin personalidad alguna, y que á nada fijo responden, por lo tanto. El abuelo, el anciano venerable que apenas se puede mover bajo el peso de los años, es, después de todo, el único que se muestra capaz de entusiasmo vivo y sincero, y hasta juvenil con frecuencia; el único que suele hablar y proceder con buen sentido, á pesar de sus manías y de su chochez.

Acaso el autor haya querido indicarnos que tan excelentes cualidades son patrimonio de una generación que se va. Nada afirmo ni en esto ni en otras cosas, porque no es fácil adivinar el pensamiento del Sr. Sánchez Pérez al través de la bruma de confusiones en que aparece envuelto.

\* \* \*

Mucho más se podría decir.

La acción de la obra no llega á interesar, ni menos á conmover nunca, porque la base en que se funda es inconsistente en extremo.

Aquel tipo del joven elegante, socialista *pour rire*, que se nos presenta encomiando casi burlescamente las excelencias de sus revolucionarias teorías; que serena los escrúpulos de su novia, asegurándole que se limita á sembrar para lo porvenir y que para el presente se contentará con un matrimonio como Dios manda, á la manera del *burgués* más empedernido; que pide un acta de diputado á los *compañeros*, y la acepta después, lleno de júbilo, por obra y gracia de un golpe de caciquismo rural, es de una falsedad, y

si la frase parece demasiado fuerte, de un convencionalismo, que salta á la vista del más miope.

Aquel tío suyo, padre de su futura esposa, que vuelve á Madrid para ver á sus hijos después de una ausencia de diez ó doce años, y que empieza por detenerse y hacer noche en Guadalajara; que toma luego á pie, dejando los coches para el criado y el equipaje, el camino de la casa en que su familia reside, y se entretiene, por último, en presenciar un *meeting* de obreros (á los que maltrata con frases duras, promoviendo un gran escándalo) mientras lo aguardan sus hijos, no es menos convencional y antipático.

Aquel... Pero, ¿á qué continuar una tarea tan poco grata? Prisa tengo por terminarla de una vez, ya que la mala suerte del Sr. Sánchez Pérez, ó la mía, ó ambas á un mismo tiempo, me prive en esta ocasión, ó me priven, de tributar al distinguido escritor, sin restricciones de ningún género, el acatamiento y la alabanza que por muchos trabajos anteriores merece.

Y voy, por lo tanto, á poner punto final; mas no lo haré sin consignar antes que el Sr. Mario estuvo admirable, admirable, admirable, interpretando el papel del abuelo, y que casi todos los demás artistas que tomaron parte en la ejecución de la obra hicieron cuanto les fué posible por salir airosos de su empeño.

La Srta. Bernal es actriz muy experta ó inteligente.

La Srta. Suárez va gustando cada vez algo más.

El Sr. Thuillier... el Sr. Thuillier... pero, ¿á qué decir lo que ya sabe de sobra el distinguidísimo actor, sin necesidad de que nadie se lo indique? Después de todo, ¡qué diablo! El mejor escribano echa un borrón.

C. F. SHAW.

## EN EL TALLER DE BUSSATO Y AMALIO

**El decorado para «El señor corregidor» y el de «Al fin se casa la Nieves! ó ¡Vámonos á la Venta del Grajo!».—Otras decoraciones y un telón de boca.—Preparativos y estudios para el Teatro Real.**

Siempre es interesante una visita al taller de los dos célebres pintores escenógrafos, que gozan en Madrid y en toda España de tan grande y legítima reputación.

En aquella amplia nave, situada en el barrio de Monasterio—á la derecha, según se va hacia el Hipódromo—y que tiene 22 metros de ancho por 42 de fondo y 11 de elevación, se descansa durante el día muy pocas veces.

No bien principia el año teatral ya se trabaja mucho, y hay temporadas, cuando menudean los encargos, en las que demanda la apremiante labor una actividad febril.

Las personas aficionadas á cuanto se relaciona con el decorado y aun con la maquinaria teatral, encuentran allí ancho campo en qué satisfacer su interés y su curiosidad; ya en el almacén, ya en la habitación donde se preparan los colores, ya en la destinada realmente á cuarto de estudio, y en la cual sorprenden, aun á quien no es lego en la materia, los múltiples cálculos y preparativos que exige la labor puramente artística del decorado escénico.

Pero nada tan curioso como el taller, el verdadero taller, que recibe luz por extensos ventanales á uno y otro costado; con las grandes piezas de tela extendidas en el suelo y manchadas de vistosos colores, sobre las cuales trabajan los artistas, calzados de alpargatas, manejando á placer las brochas y teniendo á su alcance los tarros y cazuelas llenos de pintura.

El público de Madrid, acostumbrado á ver á *Don Giorgio* y á Amalio cuando salen á escena (de levita abrochada, y *chistera* en mano) difícilmente los reconocería al verlos allí, con sus trajes claros de faena, salpicados de manchas de todos colores, yendo de acá para allá; Bussato, cubierto con boina oscura, Amalio sin abandonar casi nunca las brochas con que sabe obtener tan hermosos efectos.

Los dos renombrados escenógrafos y los ayudantes que á sus órdenes trabajan, se ocupan actualmente en buen número de importantes decoraciones.

Para *El señor Corregidor*, la zarzuela de Fiacro Iráy-zoz y el maestro Chapí, que se estrenará en Eslava dentro de pocos días, y cuya acción ocurre durante la segunda mitad del siglo XVIII, preparan tres, á cual más preciosa:

1.<sup>a</sup> Zaguán de un mesón en las cercanías de Burgos. Hora de la queda. En el fondo hay una *portalada* que comunica con el corral, el cual da directamente á la calle.

En primer término izquierda, vese la puerta de un cuarto del mesón. Otra análoga á la derecha, y junto á ésta la que sirve de paso á la cocina. Al fondo, escalera de tres tiros que conduce al piso alto del mesón. En el hueco que deja el segundo tramo, puerta para el cuarto destinado á los mozos.

Da mucho carácter al zaguan buena porción de accesorios y utensilios «muy propios». Sobre la pared de la portalada se lee, en grandes letras: *Galerías á So-ria. Administración.*

2.<sup>a</sup> Telón corto, que cae en lugar del de boca, y que representa las afueras de Burgos, con vista panorámica de la ciudad. Es de noche, con efecto de

luna en cielo algo nublado. La *silueta* de la catedral se destaca en el centro del telón. En primer término aparecen la carretera, los tapiales de algunas fincas, y muy altos y frondosos árboles.

Sirve este lindísimo telón para que se haga el cambio de la primera decoración á la 3.<sup>a</sup> una sala de carácter barroco, pintada de tonos suaves con medias tintas de color ligero, y alhajada, según el gusto de la época, con espejos, reloj de caja, consolas, candelabros, imágenes, etc., etc.

Ocupa casi todo el fondo de la estancia un gran ventanal de cristales, que da á una terraza, por la que se baja á la calle.

También se divisan á lo lejos, en el telón que cierra la perspectiva, las torres de la catedral y los tejados de las casas vecinas.

---

No es menos importante, bello y vistoso, el decorado para el sainete de costumbres contemporáneas *¡Al fin se casa la Nieves! ó ¡Vámonos á la venta del Grajo!* original, como nadie ignora, de Ricardo de la Vega y el maestro Bretón.

Son tres igualmente las decoraciones que Bussato y Amalio han de pintar para esta obra. El trabajo de cálculos y bocetos ya se halla concluido, y la labor en grande á punto de comenzar.

Estas tres decoraciones irán combinadas entre sí para que se hagan las mutaciones á la vista del público, y serán las siguientes:

—Interior de un despacho parroquial, á tres términos, con más carácter profano que religioso para que esté á tono con las escenas que en él ocurren.

—Calle á todo foro, con varias salidas á escena. En primer término, á la derecha, el *Café Restaurant del Día*, con puertas é interior practicables. A la izquierda, una peluquería en el piso bajo, con puerta practicable también. El telón de fondo es muy alegre y de mucha visualidad. Sin representar un sitio determinado de la villa, esta decoración es muy típica de Madrid.

—La Venta del Grajo; que ya no es, precisamente, una venta para el público, como se supone que lo fué en su origen, sino una posesión de recreo, particular, que denota la riqueza de su dueño, el protagonista de la obra. Se ve el parque, con la casa antigua á la izquierda, y un *chalet*, de estilo moderno, á la derecha, y á lo lejos el caserío de Madrid dominado por la cúpula de San Francisco el Grande. Se supone también que la venta está situada en los alrededores de Madrid, entre el puente de Toledo y el de Segovia.

---

Para Apolo así mismo, con destino á *Quimbo y Camba*, otra zarzuela nueva, de los Sres. Ruesga, Prieto y Torregrosa, que se estrenará antes que el sainete de Vega y Bretón, disponen Bussato y Amalio, otra decoración á todo foro, la del cuarto y último cuadro de esta obra: un lugar abrupto en las inmediaciones de Pancorbo. Es de día, y al aparecer la decoración se desarrolla una espantosa tormenta.

Para el Circo de Colón, convertido en Circo-Teatro, acaban de pintar los mismos escenógrafos el marco de la embocadura, el ropaje interior y el telón de boca, imitando en éste rica seda de color perla, con pasamanería de oro y fajas de bordados en colores. Por la abertura del cortinaje se distingue una parte de la sala del circo. Los artistas de éste: *clown, ecuyère, saltimbanquis*, etc., etc., salen al encuentro de tres personajes alegóricos, la Comedia, la Música y la Danza, que simbolizan la innovación que se introduce en los espectáculos de aquel Teatro-Circo.

Y para el Real, finalmente, Bussato y Amalio dan los últimos toques al repintado de las decoraciones que exigen las óperas que se han de poner en escena primeramente, y hacen los estudios que reclama *Tristán é Isolda* de Wagner, cuyo decorado es de importancia suma.

Con que... ya ven ustedes si hay tela cortada.

REPORTER.

59  
70

LA EPOCA. Domingo 20 de Octubre de 1895

Veladas teatrales.

Español.—Inauguración de la temporada. — ENTRE BOBOS ANDA EL JUOGO Y LOS DOS HARRADORES.

Ha sido la de ayer noche de gala en el Teatro Español. Para la Empresa, para los artistas y para el público sólo hubo motivos de satisfacción muy honda, verdadera y legítima.

Hoy no es preciso recurrir á términos vagos, con objeto de que el lector adivine sagazmente entre líneas; ni atenuar las censuras, por muy justas que sean, con las palabras que dictan ese respeto, esa benevolencia ó esa cortesía que reclaman siempre las obras ajenas á poco que signifiquen un esfuerzo loable y las consideraciones que el mismo escritor debe á su propio decoro. La alabanza puede ser espontánea y grande, sin distingos apenas, ni *peros* ni entre paréntesis. Después de una solemnidad tan hermosa, qué fácil y qué grata es la tarea del cronista y qué bien ganada tenemos algunos esta alegría, que es compensación suficiente de anteriores molestias ó de pasadas contrariedades.

El éxito de la función, más que un éxito, fué un continuado triunfo. La concurrencia era muy numerosa, y selecta en extremo. La aristocracia madrileña tenía en palcos y butacas muy lucida representación. De artistas y literatos, estaban allí casi todos los más ilustres y los más conocidos. Era natural.

Y dicho ya esto, por vía de prólogo, y como anticipado resumen también de cuanto me propongo escribir seguidamente, vamos ahora por partes.

La Empresa y la dirección artística del coliseo clásico han empezado á merecer elogios desde la publicación del cartel en que anunciaban sus planes y propósitos para la temporada escénica á que dieron principio anoche: elocuente *mensaje* dirigido al *respetable Senado*, y que produjo muy satisfactoria impresión.

Este primer efecto siempre es de buen augurio. La gente aficionada á los asuntos y negocios teatrales gusta mucho de hacer profecías, y aun cuando esta es materia que induce á error fácilmente, por algo se dice ahora del Español en todas partes: «Qué buena temporada va á hacer la Guerrero!», como se dice á veces de otros teatros: «A juzgar por el principio, sólo Dios sabe lo que va á pasar allí.»

La brillante campaña que la Srta. Guerrero supo hacer desde Enero á Abril, cumpliendo con creces cuanto ofreció, y demostrando que el público de Madrid bien podía fiar á su talento y á su inspiración, á sus iniciativas y á su buen gusto, la ansiada restauración del Teatro nacional, es hoy prenda segura de que los recientes anuncios también se han de convertir en realidades halagüeñas.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Desde luego es de aplaudir en los referidos planes el firme designio de continuar sacando á luz obras bellísimas de nuestros autores clásicos, escogidas por cierto con gran tino, y de tal suerte, que representan y abarcan el repertorio que nos legaron los más ilustres poetas del siglo de oro, y el glorioso renacimiento del Teatro nacional durante el siglo XIX.

También es muy digno de alabanza el sistema seguido para dar noticia al público de las obras nuevas que se han de estrenar en el curso de la temporada. Publicar, por ejemplo, una larga lista, con los nombres, más ó menos conocidos, de los autores que han estrenado en la misma casa durante las diez, ó doce, ó catorce temporadas últimas, hubiera sido seguir un procedimiento muy desacreditado ya, y del que ya nadie hace caso, porque todo el mundo «está en el secreto». ¡Nombres, nombres y nombres!... ¡Palabras, palabras y palabras!

La Empresa del Español ha emprendido otro camino, con un acierto verdaderamente plausible. «Las obras con que cuento, ó que tengo en mi poder, ha dicho, son ésta, y ésta, y ésta... de tal y tal autor...» Así, de un modo preciso y claro, con el título de cada drama y comedia, junto al apellido de cada autor. ¡Y qué autores! Echegaray, Sellés, Pérez Galdós, Ramos Carrión, Vital Aza, Feliú y Codina, Guimerá... por no citar sino á los más ilustres. Una plana mayor de generales, en la que solamente echo de menos un nombre: el de Enrique Gaspar.

Respecto á la compañía, claro es que, aun siendo, como es ya, muy buena, podría ser mejor, y debería serlo especialmente en cuanto á las actrices que han de secundar el trabajo de la eminente artista alma del Teatro Español; por más que las haya de tanto nombre como la Sra. Hijosa, tan inteligentes como la Srta. Valdivia, y tan discretas como las Sras. Domínguez y Tovar. Pero, ¿son tantas, por otra parte, las que hubieran dado con sus nombres una importancia mayor á aquella lista? Y, ¿cuáles se hubieran avenido á figurar en ella?

Entre los actores no se ha de lamentar más que una pérdida, y ésta irreparable: la del pobre Ricardo Calvo. En cambio, hay tres nuevos: Donato Jiménez, García Ortega y Cirera, cada cual de indudables méritos en su respectiva posición y dentro de su respectivo campo. Y no es para olvidado tampoco que el señor Díaz de Mendoza, que á principios y aun á mediados de la temporada anterior no pasaba de ser una gran esperanza, ya es una realidad, y realidad muy brillante; que el Sr. Carsí es un actor cómico que vale mucho, y que el Sr. Díaz (D. Manuel), no tiene hoy rival en los papeles de gracioso del teatro antiguo.

La compañía, sin ser perfecta, es, por lo tanto, superior, sin duda, á la que actuó en el mismo coliseo durante el invierno último, la cual ya reúne elementos muy valiosos para el acertado y feliz desempeño de cuantas obras, antiguas y modernas, hubo de representar.

Es, de fijo, y nadie lo negará, la comedia *Entre bobos anda el juego*, producción feliz, felicísima, de un ingenio privilegiado. Casi huelga decirlo. Reputada estaría como la obra más bella de su autor, si Rojas no hubiera escrito el drama *García del Castañar*. Más con ser muy de admirar en ella la prolija, ingeniosa y peregrina labor del enredo; los firmes trazos con que aparecen dibujadas, por lo general, todas las figuras, así como el color castizo de estas, y el encanto de aquella versificación siempre galana, y siempre rica, ya en donosas agudezas, ya en bellas imágenes, acaso y sin acaso, no hubiera conseguido *Entre bobos anda el juego* la preferencia que le conceden los críticos y el favor singular que el público le otorga, sin

la admirable creación de un tipo verdaderamente delicioso. No necesito decir que me refiero al de D. Lucas del Cigarral.

Damas como Isabel, criadas como Andrea, galanes como Don Pedro y Don Luis, y graciosos como Cabellera, abundan, con mayor ó menor parecido entre sí, por el campo vastísimo del clásico teatro nacional. Intrigas más ó menos complicadas, llenas de interés y desenvueltas con arte sumo tampoco faltan, semejantes á esta que nos ocupa ahora, en el dilatado repertorio de los seis grandes poetas, y en el de algunos otros que muy de cerca les siguieron. Y de escenas lindísimas, en las que el verso, el hermosísimo verso castellano, sabe expresar, por modo admirable, todas las delicadezas y aun las sutilezas todas del amor, los ardidés múltiples de la socarrena astucia, la inventiva del desdenado galán ó la ocurrencia del escudero burlón... nada digamos.

Pero el tipo de Don Lucas es tan extraordinario y original, y está presentado con tan admirable relieve y con vida tan portentosa, que hubiera bastado por sí solo para asegurar á la obra muy larga existencia y muy duradero y merecido renombre.

Aquel  
.....caballero flaco,  
desvaído, macilento,  
muy cortísimo de talle  
y larguísimo de cuerpo;  
.....  
zambo un poco, calvo un poco,  
dos pocos verdimoreno,  
tres pocos desaliñado  
y cuarenta muchos puerco;

según lo describe Cabellera en la famosa relación de la primera jornada; embustero y fanfarrón, tan dispuesto para presumir como parsimonioso para otorgar, tiene bien conseguido, por derecho propio, lugar eminente y especialísimo entre las grandes figuras de nuestro teatro. No sólo es un carácter, *mantenido*, como suele decirse en estos casos, hasta la escena última de la comedia; es la encarnación de vicios y debilidades que á veces hereda el español con su sangre y con su nombre; la artística evocación de algo que es genuinamente nacional.

Donato Jiménez interpreta el tipo á las mil maravillas. No cabe más. El lector lo sabe, seguramente, desde hace tiempo, y el inspirado actor lo confirmó anoche nuevamente. Todas sus facultades le sirven á porfía en su difícil cuanto afortunada labor. Todo le acompaña: la figura, que se acomoda á la del personaje famoso, moviéndose ó plantándose cómicamente; la fisonomía, que expresa, con toda clase de acertados gestos, la suficiencia, la pedantería ó el asombro; la voz tonante ó campanuda. Si el Sr. Jiménez no llega á la perfección interpretando este papel, debe quedarse muy cerca.

Entre los demás artistas son acreedores también á entusiastas elogios la Srta. Guerrero, el Sr. Díaz de Mendoza, el Sr. García Ortega y el Sr. Díaz (D. Manuel).

La joven y notabilísima actriz, más que á una victoria puramente personal, ha aspirado en esta ocasión al éxito de su compañía. Si no tuviéramos otras pruebas de su claro talento y de su perspicaz discreción, nos bastaría con esta. Muchas son las obras en que hubieran podido lucir más su inspiración y su arte que en la comedia de Rojas Zorrilla. Pero, ¿qué importa? ¿Acaso no han lucido ya con frecuencia y volverán á lucir muy pronto en todo su magnífico apogeo? ¿Acaso el interés del arte, cuando es comprendido sabiamente y respetado con verdadero culto, puede quedar nunca supeditado, y menos aún sistemáticamente, *porque sí*, á otro linaje de conveniencias y consideraciones?

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

De todas suertes, y aun no siendo este papel de dama propicio en grado sumo al lucimiento de una actriz, cómo lo interpretó la Srta. Guerrero! ¡Con qué riqueza de recursos, y qué abundante variedad de tonos! ¡Con qué artística naturalidad; con qué hondo sentimiento á veces; con qué gracia tan fina en otras ocasiones, y siempre, siempre, con qué juvenil encanto!

Díaz de Mendoza, desde que se presentó al público, supo dar al personaje escénico toda la simpática apariencia, todo el gallardo continente y toda la refinada cortesanía de los galanes del siglo de oro. Los discreteos conceptuosos y las apasionadas frases que el autor pone en lábios de D. Pedro, dichos fueron por él con esmero cuidadoso y con primor exquisito.

En la célebre *silva*, tan larga y tan bella, con que describe la aventura á orillas del Manzanares, cuando D. Pedro vió por primera vez á D.<sup>a</sup> Isabel, fué interrumpido con aplausos frecuentemente, y á su final obtuvo una prolongada ovación.

Del Sr. García Ortega se podía temer que aún no hubiera adquirido, ó que tardara en adquirir, lo que llama Sarcay, refiriéndose á la Comedia Francesa, *l'air de la maison*; pero con tanto aplomo, con desenvoltura tan gallarda también, y con tanto acierto en todo, desempeñó anoche el papel de D. Luis, que no parece sino que en su vida ha hecho otra cosa que interpretar galanes de comedias clásicas.

Díaz estuvo admirable en el papel de Cabellora, diciendo y accionando; muy acertado Cirera en el de D. Antonio; muy bien la Srta. Gil en el de Andrea; bien el Sr. Mendiguchía en el de Estudiante primero. De las segundas partes, ninguna desentonó realmente, ni descompuso los cuadros. Entre éstos merece ser recordado el que pone fin á la segunda jornada en la comedia original y al tercer acto en la refundición. Posible es que algunas otras veces haya sido representado con tanta animación y de un modo tan notable. Mejor, estoy por decir que nunca.

La función terminó con el conocido entremés de Cervantes *Los dos habladores*, en el que se distinguieron mucho la Srta. Valdivia y el Sr. Carst.

Quedemos, pues, en que éste es el verdadero Teatro Español.

En que la Srta. Guerrero es una gran actriz que vale por igual como mujer discreta, como eminente artista, como inteligente *empresaria* y como habilísima *directora*.

En que aquellos primeros actores son todos muy buenos.

En que el conjunto de la compañía es muy notable, sin duda alguna.

Y en que por hoy ya he dicho bastante; sin duda alguna también.

C. FERNÁNDEZ SHAW.